

VOSOTROS SOIS MIS TESTIGOS

8 de Mayo de 2016

Evangelio de LUCAS 24, 46-53

Y añadió:

- Así estaba escrito: El Mesías padecerá, pero al tercer día resucitará de la muerte; y en su nombre se predicará la enmienda y el perdón de los pecados a todas las naciones. Empezando por Jerusalén, vosotros seréis testigos de todo esto. Yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre; por vuestra parte, quedaos en la ciudad hasta que de lo alto os revistan de fuerza.

Después los condujo fuera hasta las inmediaciones de Betania y, levantando las manos, los bendijo. Mientras los bendecía, se separó de ellos y se lo llevaron al cielo.

Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén llenos de alegría.

Y estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios.

§ §

Todos buscamos ser felices, pero ninguno de nosotros sabe dar una respuesta clara cuando se le pregunta por la felicidad. ¿Qué es la felicidad? ¿En qué consiste realmente? ¿Cómo alcanzarla?

Y, sin embargo, el ser humano no renuncia a la felicidad, la necesita, la sigue buscando. El filósofo Fernando Savater dice que la felicidad «es imposible, pero imprescindible». Julián Marías la definía como «lo imposible necesario». Esta insatisfacción última del ser humano no se debe a fracasos o decepciones concretas. Es algo más profundo. Está en el interior mismo del ser humano, y nos obliga a hacernos preguntas que no tienen fácil respuesta. Si la felicidad parece siempre «lo que nos falta», ¿qué es lo que realmente nos falta? ¿Qué necesitamos para ser felices?

O bien la felicidad plena es pura ilusión y el ser humano, empeñado en ser plenamente feliz, es algo absurdo y sin sentido. O bien la felicidad es regalo, plenitud de vida que solo nos puede llegar como gracia desde aquel que es la fuente de la vida.

Ante esta alternativa, el cristiano adopta una



postura de esperanza. Es cierto que, cuando anhelamos la felicidad plena, estamos buscando algo que no podemos darnos a nosotros mismos; pero hay una felicidad última que tiene su origen en Dios y que nosotros podemos acoger y disfrutar.

Lo decisivo es abrirnos al misterio de la vida con confianza. Escuchar hasta el final ese anhelo de felicidad que se encierra en nosotros y esperarla como gracia que se nos ofrece desde el misterio último de la realidad que es Dios.

¿Qué diferencia hay entre «creer» en que «algo tiene que haber» y ser «discípulo y testigo de Jesús»?

Tres actitudes de servicio

Imaginemos a un grupo de montañeros que han salido a escalar un pico difícil, y vamos a observarlos unas cuantas horas después de que han comenzado su empresa. Para entonces, es de suponer que el grupo se haya dividido en tres subgrupos.

-Los primeros están pesarosos de haber abandonado el refugio. Piensan que la fatiga y los riesgos no guardan proporción con lo que les supondría la satisfacción de haber llegado a la cumbre. Deciden volverse.

-Hay otros que no se arrepienten de haber salido. Brilla el sol y el paisaje es maravilloso. ¿Qué necesidad tienen de subir más arriba? Es mucho mejor disfrutar de la montaña desde aquí (en la amena pradera o en lo profundo del bosque). Y así, se recuestan en la hierba o exploran el entorno hasta que llegue la hora de atacar sus provisiones.

-Nos quedan los verdaderos montañeros; los que mantienen la mirada fija en las cumbres que han decidido coronar. Son los que continúan hacia adelante.

Los cansados, los hedonistas, los entusiastas. Tres tipos humanos. En el fondo de nosotros mismos, llevamos los gérmenes de los tres.

Teilhard de Chardin

SI...

Si la nota dijese:

"Una nota no hace melodía...",
no habría sinfonías.

Si una palabra dijese:

"Una palabra no puede hacer una página...",
no habría libros.

Si la piedra dijese:

"Una piedra no puede levantar una pared...",
no habría casas.

Si la gota de agua dijese:

"Una gota de agua no puede formar un río...",
no habría océanos.

Si el grano de trigo dijese:

"Un grano no puede sembrar un campo...",
no habría cosechas.

Si el hombre dijese:

"Un gesto de amor no puede ayudar a la humanidad...",
no habría justicia, ni paz, ni dignidad,
ni felicidad sobre la tierra de los hombres.

García Salve



¿RESTAURACIÓN, REFORMA, REVOLUCIÓN?

El ser humano, nosotros, vivimos de los recuerdos, pero vivimos también de la esperanza. No basta con recordar lo que fuimos, nuestra «memoria»; tampoco basta con tener unos rasgos claros de «identidad»: ¿quiénes somos? El ser humano, nosotros, necesitamos tener motivos para vivir, tener razones para trabajar, encontrar un sentido al día a día.

El mundo en el que vivimos no es el mejor de los mundos posibles: las injusticias flagrantes, las violencias repetidas, los abusos a débiles y frágiles son una constante. El ser humano tiene derecho a «soñar» con un mundo distinto y mejor. No solo tiene derecho, sino que tiene la obligación de hacerlo posible. Pero ¿cómo? Las palabras que empiezan por el prefijo «re» se articulan una detrás de otra: «revolución», dirán los más atrevidos y transgresores; «reforma», dirán los más continuistas y apaciguadores; «restauración», dirán los más conservadores y garantistas.

Jesús no entra en la pregunta, sino que la desvía en una sola dirección con dos vías: la promesa del Espíritu Santo, y la misión entendida como «testigos del Resucitado». Jesús mira al futuro, cree en el futuro, pide que nos dejemos embriagar por la posibilidad de hacer un mundo nuevo.

